

Contrariamente a lo visto en el Módulo anterior, en éste no hay nombres propios que se utilicen en nuestra lengua. Obsérvese que Prometeo, Epimeteo o Pandora no figuran en nuestro repertorio onomástico. Tampoco Deucalión o Pirra. Sin embargo, funcionan Adán, Eva, Abel, Caín/cainita (en sentido apelativo peyorativo) y Noé. Es fruto de la importancia de la tradición cristiana.

Excepto algunos apelativos, como *diluvio*, *héroe*, solamente han tenido tradición las expresiones alternativas: *la Caja de Pandora*, *la Edad de Oro*, *la Edad de Plata*.

Sin embargo, en la literatura sí se han recogido las tradiciones clásicas. Véanse, a título de ejemplo, este fragmento del Quijote y el soneto de Quevedo:

**Miguel de Cervantes, «Don Quijote de la Mancha», edición del Instituto Cervantes, 1605 - 2005, dirigida por Francisco Rico, cap. XI.**

Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano [1] y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

– Dichosa edad y siglos dichosos [2] aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados [3], y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra Edad de Hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío* [4]. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos [5], en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas [6], ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno [7], la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques [8] despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre [9]; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas [10] de valle en valle y de otero en otero [11], en trenza y en cabello [12], sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro [13] y la por tantos modos martirizada seda encarecen [14], sino de algunas hojas verdes de lampazos [15] y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado [16]. Entonces se declaraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos [17]. No había la fraude [18], el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje [19] aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese Juzgado [20]. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señera, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen [21], y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta [22]; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste [23]. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el gasaje [24] y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural [25] están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía [26], por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien escusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando.

[1] Puño: “puñado”.

[2] La misma expresión había empleado DQ (1, 2, So) para referirse al momento en que se dieran conocer sus hazañas escritas en un libro.

[3] El elogio de la Edad de Oro, época mítica en la que, según los poetas, la tierra brindaba espontáneamente sus frutos y los hombres vivían felices, era un tópico de la literatura clásica heredado por el Renacimiento sobre el modelo de Ovidio («*Metamorfosis*, 1», 89 ss.) y Virgilio («*Geórgicas*, I», 125 ss.). La idealización de la Edad de Oro, vinculada a la literatura pastoril, se desarrolló en España entre los siglos XV y XVII, momento en que se intensificó la vida urbana. DQ proyecta sobre el mito de la época dorada sus utopías caballerescas.

[4] La negación de la propiedad en la Edad de Oro es motivo clásico que reaparece en «*Il vendimmiatore*», de Luigi Tansillo.

[5] Endecasílabo de reminiscencias garcilasescas, no sabemos si de procedencia ajena o empleado por C. para subrayar el carácter lírico de la prosa empleada.

[6] Solícitas: “diligentes, cuidadosas”; el epíteto es tópico.

[7] “Sin pedir nada a cambio”.

[8] Valientes: “robustos, recios, firmes”; latinismo frecuente.

[9] “La tierra”, piadosa porque auxilia a sus hijos; la pesada reja del corvo arado traduce la frase hecha recogida en repertorios humanistas «*Curvi pondus aratri*».

[10] Entonces *sí* refuerza la frase, que así se opone tanto a lo que se dice en 1, 9, 117: “Andaban... con toda su virginidad a cuestras, de monte en monte y de valle en valle”, como al tácito ahora.

[11] “Cerro aislado”.

[12] “Con el cabello trenzado o suelto”; equivale a “doncellas, mujeres jóvenes”, que llevaban la cabeza descubierta, frente a las casadas y las dueñas, que llevaban tocas.

[13] “Tejido teñido con la grana procedente de esa ciudad fenicia”, famosa por ella desde la Biblia; la púrpura era propia de los vestidos de los reyes.

[14] C. se hace eco de la polémica sobre el lujo que arreció en España desde finales del siglo XVI hasta finales del XVIII. La represión de adornos, vestidos y tocados, considerados excesivamente costosos e inmorales, fue objeto de numerosas pragmáticas y leyes suntuarias, especialmente durante el reinado de Felipe IV, aunque de escasa o nula efectividad.

[15] “Bardana, amor de hortelano”, planta de hoja grande y vellosa, con flores en forma de bola rodeada de pinchos.

[16] Invenciones: “disfraces” (1, 51, 632).

[17] Es un ideal estilístico que C. reitera desde el Prólogo (19, n. 91).

[18] Fraude es femenino, como en Latín; el cliché “la fraude y el engaño” repite en el autor.

[19] En un principio “sentencia que se aplica por analogía”, pronto se degradó para significar “resolución arbitraria y caprichosa”.

[20] Se recuerda la frase evangélica de San Mateo y San Lucas.

[21] Sola y señera son sinónimos, soldados en una frase hecha, que C. usa a menudo, y siempre en singular.

[22] El laberinto construido por Dédalo en esta isla para encerrar al Minotauro. Véase 1, 25, 316, y n. I 19.

[23] La amorosa pestilencia nos pone frente al tema renacentista de la locura amorosa, de la que son víctimas algunos personajes del Quijote.

[24] “Agasajo”.

[25] La impresa en el hombre por Dios; DQ tiene en mente la organización bajomedieval, en la que los caballeros son los “nobles defensores”.

[26] “Sin embargo”.

**Francisco De Quevedo, «Obras Completas. I. Poesía original». Edición, introducción, bibliografía y notas de José Manuel Blecua (1963). Clásicos Planeta. Barcelona.**

891

Otro soneto

Ex Aeschlyi Prometeo vincto.

[Del Prometeo encadenado, de Esquilo].

PROM. Pro ministerio isto tuo, infortunium hoc meum

Hoc certe scito Junom permutarim ego?

Melim nam arbitror huic presto esse petrae,

Sic in procaces est agendum procaciter.

«Triunfad, hijo de Maya cauteloso,

del cielo que tenéis tiranizado;

gozad, modernos dioses, del reinado:

hartaos de amhrosia y de néctar sabroso.

Que yo, en aqueste estado lastimoso,

al intratable Cáucaso amarrado,

me precio que me habéis así tratado

por haber sido al mundo provechoso.

No presumáis de que me habéis rendido;

que por todo tu oficio y tu privanza

no trocaré la suerte en que me veo.

Y desde este desierto, aquí caído,

soy de vuestra imprudencia gran probanza

y de esa injusta gloria alto trofeo.

El sabio Prometeo

así las amenazas rebatía

de Mercurio y de Jove, que lo envía».